

El arrasamiento de Guernica

Por ANDRES IDUARTE

(Representante de la Universidad Obrera de México en España)

= Envío del autor. París, abril 20 de 1937 =

Terminaba el mes de abril cuando la ciudad sagrada de los vascos, Guernica, confiada y tranquila, sufrió el ataque bárbaro de la aviación alemana, que diezmó a sus habitantes, que destruyó todas sus casas—cinco quedaron en pie—, que la borró casi del mapa, que dejó enloquecidos a los supervivientes...

Guernica no era plaza militar. No había en ella tropas, ni polvorines, ni fábricas de armamentos... Por eso estaba tranquila y confiada. Era día de mercado. En él se hallaba reunido el pueblo. Aparecieron los aviones, cien veces vistos. Sin pánico, la gente procuró guarecerse; pero ningún cerebro normal podía imaginar el cuadro dantesco en que la aviación hitleriana convertiría, en sólo tres horas, a una villa sonriente y pacífica. En Guernica había únicamente viejos, mujeres, niños y algunos hombres, los hombres indispensables. Los demás, la mayoría, en el frente. Por eso el pueblo pensaba que se trataba de un viaje de reconocimiento, como tantos otros. Pero vinieron más aviones, más aviones, y ninguno se iba... Volvían sobre sus cabezas. Trimotores de bombardeo, aviones de caza... "Yo pude contar treinta y seis", cuenta un vecino. Quienes hayan oído el run run bestial de las aves negras y hayan visto minutos después niños despedazados, ancianas sobre charcos de sangre, sabe lo que dice esa frase: "Yo pude contar treinta y seis..." Ciriaco Pacheco Calvo y yo, juntos, vivimos uno de los criminales atentados de la aviación fascista contra Madrid. Pacheco Calvo y yo conservaremos la huella indeleble, como la placa que allí impresionó su cámara fotográfica, la imagen espantosa de aquel niño con el pecho despedazado, exangües ya en los brazos de la madre desesperada; aquel pie y aquellos pedazos de cerebro, guñapos sanguinolentos, que parecían haber sido colocados por la mano asesina proterva de Franco sobre el mostrador de una tienda derruida. Fué en las calles del Doctor Cortezo... "Yo he podido contar treinta y seis". Nosotros sabemos lo que de angustia, de pánico, de ira, de impotencia, de rabia tuvo esa suma.

Los aviones empezaron a lanzar bombas explosivas. Tiraron mil, dicen los supervivientes. Casas pe-



Los frutos de la barbarie nazi en España

Lo que a vuestros hijos puede tocar

Lo que Europa tolera o ampara

queñas, bajas, no eran refugio efectivo. Los habitantes de Guernica se dieron cuenta, pronto. Entonces huyeron en loca carrera hacia el campo próximo. Eso era lo que querían los pilotos nazis. Los alemanes descendieron vertiginosamente con sus pájaros negros, y usaron la ametralladora. La ametralladora aérea no hace rayas de proyectiles, sino pinta cuadros, círculos, bloques. Como quien caza pájaros con cartuchos de municiones, con lluvia de balas, así cazaron los fascistas alemanes a los viejos, a las mujeres, a los niños vascos... "¡Fuego de ráfaga!", dirán ellos luego en Munich, eructando cerveza y sangre. El que fué Obispo de Valladolid, testigo presencial de la tragedia, y otras gentes imparciales e insospechables de extremismo izquierdista, han hecho espeluznantes narraciones. Cubriéndose con piedras, hundiendo la cabeza en hoyos abiertos con las uñas sobre la dura tierra, arrojándose a las acequias pudieron escapar los supervivientes. Los demás de Guernica quedaron heridos o muertos en sus calles. Pero el asolamiento no había terminado. Los fascistas realizaban una labor previa.

Fué después del derrumbamiento de Guernica y del ametrallamiento de sus habitantes cuando los aviones dejaron caer cien bombas incendiarias sobre las ruinas. Así hacen desaparecer los criminales el cuerpo del delito.

Asombra tanta maldad. Es tanta, es tan refinada, que se antoja imaginaria. ¿Pueden existir energúmenos semejantes?... Pero todo lo explica lo que los fascistas llaman "táctica de guerra". La Alemania de Hitler tiene necesidad de la riqueza metalúrgica encerrada en Bilbao. De acuerdo con Mussolini ha decidido la toma inmediata de la gran ciudad industrial. Pero ya han recibido enseñanzas inolvidables en Madrid, en Guadalajara, en el Jarama: saben bien que para que Bilbao caiga habrá que destruirlo íntegramente, casa por casa, rincón por rincón. El aniquilamiento de la ciudad y de la población de Guernica responde a un plan tético, diabólico. Ha sido una labor consciente y concienzudamente realizada. Hitler ha dicho: "No dejéis piedra sobre piedra. Primero, derrumbad todas las casas de Guernica. Que no quede una en pie. Cuando hayan escapado los supervivientes

dejad caer sobre ellos una lluvia de balas. Luego, prended fuego. Así sabrán los bilbaínos lo que les espera y se rendirán antes que ver a su ciudad arrasada y a sus mujeres y a sus hijos despanzurados..." La técnica alemana, que desde hace meses ha convertido a España en campo de espantosas maniobras y que ha experimentado sobre las casas de Madrid la sangrienta potencia de sus bombas, debe estar ufana: de las cuatro a las siete de la tarde, en sólo tres horas, en ciento ochenta minutos, borró del mapa la ciudad en donde el espíritu vasco anidó durante siglos.

"¡Ay de Bilbao!", dijo hace unos días la boca procaz de Queipo del Llano "¡Voilà!", dice ahora Hitler.

La destrucción de Guernica no tiene, no puede tener, ninguna otra explicación: destruyéndola, arrasándola, los bilbaínos tendrían que poner su barba en remojo y tendrían que preferir la capitulación. Y la riqueza metalúrgica de su ciudad, tan necesaria para el fascismo guerrero, pasaría intacta al poder de Hitler.

¡Vana esperanza, levantada sobre el desconocimiento del espíritu que anima a los defensores de Bilbao!... Bilbao sólo puede ser tomado palmo a palmo. Y, después del crimen y el sacrilegio cometidos sobre Guernica, milímetro a milímetro. El pueblo vasco ha respondido apiñándose, juntándose, preparándose para pelear más, hasta lo último. El pueblo vasco puede ser quebrado, deshecho, roto por la superioridad militar de Alemania e Italia, contra las cuales lucha; pero no se doblará jamás.

Naturalmente, Hitler y Mussolini tienen siempre la mentira y la calumnia presta, listas en los labios infames. "¡Fueron los vascos quienes quemaron Guernica...!" La acusación es necia. Los vascos, tan amantes de su raza y de su historia, no iban a quemar el solar nativo, el santuario histórico, el cogollo de sus tradiciones; no iban a incendiarla dejando dentro a los padres, a las esposas, a las hermanas, a los hijos que ahora extraen a pedazos de las ruinas humeantes... ¿Qué riquezas militares o industriales guardaba esta ciudad, esta villa, esta aldea histórica y pastoril?... Ninguna. ¿Con qué objeto arrasaron la Casa

(Sigue en la página anterior)